

GACETA MÉDICA DE MÉXICO.

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA N. DE MEDICINA DE MÉXICO.

INTERESES PROFESIONALES.

MALES Y REMEDIOS.

EN la profesión médica hay que distinguir cuidadosamente á los que practican la ciencia y á los que corren el oficio, ó sea á los que curan conforme á conocimientos ciertos adquiridos y depurados por el Método Experimental y á los que se complacen sólo en visitar á numerosos clientes, para obtener cuantos honorarios puedan.

No es frecuente que la ciencia y la práctica médicas marchen de acuerdo, ni que el nivel científico sea señalado por el favor público, y sí es común que el oficio se imponga y suplante, ó aun destruya y nulifique el saber; y que, hasta talentos perspicuos que se engolfan en numerosa clientela, se vuelvan atarantados, vulgares é irrazonables. Y es lógico; el que más enfermos atiende no es precisamente el médico más instruído ni el que más clientes visita el que practica mejor, porque ni la ciencia deriva de los casos morbosos sino de su estudio, ni se extrae de la síntesis sino de la análisis, ni fluye del grupo de problemas clínicos, sino del examen de los dinamismos fisiológicos normales ó anormales. Y esos dinamismos no se comprenden por instinto y de momento, sobre todo cuando son numerosos y varían como en el caso, con cada individuo, ni se descifran siempre conforme á cartabón consagrado, ni se pueden rectificar ó ratificar justificadamente cuando falta el tiempo para que los examinen el Reposo y la Sereñidad.

¡Qué contraste entre el médico que practica su ciencia y el glotón de visitas! El primero, tiende á progresar para mejor hacer el bien á los que sufren; el segundo procura obtener ventajas para mejor conseguir su bien-

estar individual. Aquel, inquiere con el detenimiento que pide lo delicado de los problemas que se impone, medita los síntomas para valorizarlos científicamente y procura entender lo que pasa, para anticiparse á las lesiones y ser lógico en el tratamiento; éste tiene como lema "la ciencia soy yo," afecta desdén profundo por las teorías, aunque casi siempre ignora qué son, propende tenazmente á hormar todo conjunto clínico en moldes clásicos ó á fabricar él mismo un modelo clásico nuevo, bautiza las afecciones con diagnósticos huecos hasta para su comprensión, y prescribe sempiternas ó estereotipadas fórmulas mirando á la enfermedad y no al enfermo. El primero es humilde, inquiere, pregunta, discute, en suma, persigue el acierto; el segundo cree saberlo todo, desprecia lo que de él no viene, pasa erguido compadeciendo á sus compañeros, y no consiente, sin sentir malevolencia, reflexiones ó censuras á su conducta. Aquel, sin pretenderlo, se trasforma en un ser estimable, deseado, casi divino, de cuyas palabras brota la tranquilidad, de cuya presencia deriva la confianza, de cuyo rostro destella el consuelo; el último es un perito temible, un hombre problema á quien acude la Necesidad, pero de quien desconfía el Instinto, porque presiente en él al ciego de Barthes.....

Por lamentable fatalidad, un conjunto de circunstancias entre las que descuella la lucha por la vida, empuja á los médicos á preocuparse de preferencia y casi con exclusión, de la clientela; por lamentable fatalidad las penurias en el mayor número de los médicos, hacen que pocos puedan instruirse competentemente y que los buenos libros y los preciosos instrumentos sean escasos en la generalidad de los gabinetes; por lamentable fatalidad la Enseñanza Médica Oficial es monopolizadora, defectuosa é intolerante, y ni consiente más luz que con la que ella se alumbra, ni tiene laboratorios adecuados para las análisis experimentales, esos laboratorios que exigía Bernard, donde el Método de Diferencia parodia las enfermedades y las curaciones y donde se forman los grandes maestros ya en medicina ya en cirugía, ni en sus clínicas se prefieren otros enfermos que los abocados á la muerte, por sólo encontrar en ellos triunfante y altanera á la Anatomía Patológica, y exacto y confirmado el pronóstico magistral; por lamentable fatalidad, las escuelas médicas eligen á sus maestros y propiamente, confieren títulos profesionales, ó lo que es lo mismo usan derechos que no les corresponden y usurpan atribuciones inalienables, jurídicas y administrativas, todo para su mal y descarriando de su objetivo.

En contra pues de progresistas y nobles aspiraciones, la Ciencia Médica está sojuzgada por el Oficio, y éste, impera y arrastra á los facultativos

con todo su poder, con toda su enormidad; la disyuntiva que les pone es tan tremenda como ineludible; él con todos sus defectos ó la miseria con todos sus horrores, porque los encargos lucrativos son pocos y están monopolizados, y las otras maneras de ganar la vida, ni son siempre decorosas, ni siempre se avienen á la profesión, ni siempre están al alcance de todos los necesitados. El modo de ser actual obliga pues, indudablemente á su pesar, al gremio médico á ser sectario y creyente, copista y sólo copista de los conocimientos consagrados por la tradición ó por los maestros extranjeros.

Y no es lo peor. Costumbre de respirar esta atmósfera viciada, ha hecho que se entienda que ese, y no otro, es el *modus vivendi* de la carrera hipocrática. Médicos hay, que hacen gala, no sólo de correr, sino de correr bien el oficio, de exprimirle todo provecho, de haberle cogido todas las medidas; los hay que se glorían de no tener tiempo para leer ni para discurrir con propio criterio, ó que sujetan el suyo al dominante en la plaza, con la mansedumbre del apático; los hay que desdeñan como irrespetuoso y díscolo ó como tonto y soberbio el debate, de las gravísimas cuestiones que día á día ofrece el adelanto.

En el estado actual de los conocimientos humanos se podría atender mejor á los enfermos y salvar más vidas; pero la precaria situación de los médicos hace que tales resultados no se alcancen. El Oficio los retiene, los desorienta y los aleja hasta de pensar en la Ciencia.

Y no sólo; su influencia maléfica se extiende en área mayor; alcanza á mucho más; él es quien desune á los médicos, quien causa sus disgustos, su vida amarga y azarosa; quien engendra su alejamiento y su recíproca malevolencia; él, quien los hace soberbios, él, quien arma al público contra ellos; él, quien prepara el sendero á su descrédito y el arco triunfal al charlatanismo.

Ligera sinopsis de la vida profesional va á demostrarlo.

Comunmente los que optan por la carrera médica, como por cualquiera otra liberal, son jóvenes de proporciones escasas, que buscan respeto en el título y recursos para vivir en el oficio, que cuentan con la profesión para obtener puesto honroso en sociedad, y con los honorarios que la práctica produzca, para subvenir á las necesidades de la vida material.

Cuando la clientela rinde poco, sea por pobre, sea por mal educada, se hace preciso que tengan numerosas visitas, que asistan á multiplicados enfermos para sacar de la cantidad lo que no da la calidad, para extraer de lo mucho lo que no produce lo pingüe. Cuando aun la mezquina retri-

bución es regateada, ó mermada, ó no pagada; tienen además, que elegir entre los enfermos, aquellos que retribuyan mejor, sean cuales fueren las urgencias de los demás, ó hacerse pagar antes, posponiendo las angustias que presencian. Cuando además de las circunstancias anteriores, los compañeros abundan hasta obstruir las avenidas del trabajo, hasta dificultar el cumplimiento del honrado propósito, hasta hacer que las necesidades se trasformen en escaseces ó penurias, entonces, tienen además que disputarse los filones lucrativos, que quitarse los enfermos, aunque sea arrollando la confraternidad profesional, aunque sea hiriendo la ajena reputación, aunque sea haciendo el panegírico de sus propias proezas.

Los médicos en el caso, sienten en cada uno de sus compañeros, rival que disputa sus ganancias, que suprime parte de la cantidad que podía corresponderles, que merma sus entradas, que acorta el pan de sus hijos y hace laboriosa y difícil, su situación y la de su familia.

Común es que las tres circunstancias concurren en la práctica civil, que las tres se congreguen, para intranquilizar á los facultativos creando obstáculos á su bienestar, barreras á su adelanto y estorbos á la prosperidad de la ciencia iátrica. Y de ese terrible estado surge á la vez, el más profundo desaliento para el adelanto, y mala voluntad recíproca entre los individuos de la clase. La lucha por la vida, ese impulso del instinto que sobre todo se lanza, que forma irreconciliables enemigos, termina por sembrar dentro del grupo profesional, discordia y envidia seguidas de negro cortejo de bajas pasiones y de ruines intrigas.

Los médicos así, mutua y terriblemente agredidos, olvidando las injurias que profieren, para escuchar sólo las que reciben, terminan por temerse y por odiarse ó poco menos; las más generosas amistades que nacieron en la juventud se sienten minadas, los lazos de unión más cordiales que anudaron los colegios se encuentran destruídos, hasta las consideraciones que la educación prescribe entre gente social, se miran conmovidas. El Oficio, y sólo el Oficio, es el verdadero, el positivo, el único origen de la proverbial envidia de los médicos que no es en suma, más que aplicación del antiguo adagio español: "Donde escasea la harina todo es mohina."

Y como si no fuera bastante, á esta ya desagradable situación, viene á añadirse otro factor gravísimo: el desprecio en que cada uno tiene los conocimientos científicos de los demás, desprecio en el cual el gremio médico puede conceptuarse superior á cualquiera otro, de los demás profesionales. Pocos hijos de Esculapio confiesan de todo corazón su inferioridad; en su mayor parte son autóltras tanto como medicófobos; tienen piedad

de los compañeros que no los consultan, de los discípulos que no los invocan y de los enfermos que no los llaman. Cada uno, degradando la manera con que se hicieron médicos los que le forman competencia, no puede persuadirse de que allí estén hombres superiores que puedan victoriosamente luchar contra las afecciones orgánicas, y resolver problemas, tan difíciles, como los problemas vitales. Y de aquí nuevo pábulo á la discordia, nuevo móvil para el disgusto, nuevo combustible para la maledicencia.

¡Cosa extraña! tal vez no haya entre las carreras liberales otra que exija para ser ejercida debidamente mayores recursos ni más dedicación que la carrera médica; tal vez no haya otra, en que se gane lo necesario para la vida material, de manera más precaria é ingrata; tal vez sea la única, en que el gremio vive entre más alejamientos y rencores, no sólo externos sino intestinos. Y sin embargo, es en la clase médica donde busca la Mediocridad predilecto refugio, y donde la Apatía y la Rutina se pasean con más franqueza; es á ella donde acuden, en tropel, propiamente á inutilizar su actividad, víctimas sociales numerosas. Raro es el médico que lejos del favor, del matrimonio ventajoso ó de otros recursos extraños, practica con la sobriedad que el estudio y la experimentación requieren; raro el que atraviesa por entre su gremio, respetado y querido sinceramente, y raro el que sostiene la estimación de sus enfermos, sin más aureola que la que su saber procura. Y no obstante las filas de los médicos engruesan sin cesar; año á año numeroso contingente obceda á la necesidad legítima, hasta haber hecho que la cantidad se sustituya á la calidad, hasta haber obtenido médicos innumerables, en vez de médicos sabios que son los que se necesitan.

Multitud de jóvenes *bien inclinados* se proponen ser forzosamente abogados ó médicos, ingenieros ó sacerdotes, abrazar una carrera liberal, preferentemente de las primeras; y deslumbrados por apariencias, por el brillante en el dedo y el carruaje en la puerta, suponen que la Medicina es la más socorrida y la aceptan, sin vocación, sin fe, sin afectos extraordinarios por la humanidad, sin deseo de adelanto, como pudieron haber aceptado cualquiera otra que ofreciera el soñado provecho. Las decepciones, vienen en seguida, y al crisol de ellas, sólo quedan médicos superficiales ó desgraciados; médicos que lo mismo formulan, que firmarían una sentencia ó delinearían una fachada, ó misántropos que desacreditan á la Ciencia y á la Profesión.

La pobre y mala clientela, la obstrucción profesional, el mutuo desprecio y la falta de idoneidad para la carrera, ó sea el Oficio en sus peri-

pecias comunes, destruye en los médicos los afectos recíprocos é hincha su yo, ocasionando males sin número y trascendentales en la clase y en la ciencia; él, es causa de que las Sociedades Médicas Mutualistas arrastren vida verdaderamente anémica, y que salvo contados desplantes de instintiva y microscópica filantropía, nadie acuda á las desgracias de sus compañeros; él, origina que en las Sociedades Médico-Científicas no se acepte la responsabilidad de los trabajos, que en su recinto las discusiones mueran perseguidas por el suficientismo, que nadie quiera conformarse con ser pequeño, que todos se crean sabios, que todos se manifiesten agresivos; él determina que no haya reuniones médicas verdaderamente fraternales, que aun las así llamadas, requieran para tener vida efímera ó intermitente de recíprocas caravanas, de fórmulas falsas ó del entusiasmo de los banquetes; él hace que muchas juntas facultativas sólo sean por trámite, que no se sienta confianza en las consultas de lance, que unos médicos teman de los otros, que en todos los actos de la vida comprofesional se encuentre, alguna malevolencia más ó menos aparente, alguna deslealtad más ó menos velada, algo que lastime, algo que hiera, algo que moleste; él motiva que las relaciones familiares de los médicos sean á menudo laxas, que hasta las de parentesco se resientan, que no haya más miramientos que de protegidos á protectores, que apenas se enferma algún compañero muchos piensan no en que sane, sino en heredar su empleo; que los médicos mueran en su mayor parte en la miseria, y hasta esto, sin que consuele sus postreras angustias la eficaz decidida y cariñosa intervención de alguno de su gremio; él, por fin, ocasiona que las tendencias al progreso sean apedreadas con sarcasmos y los nobles impulsos con denuestos.

El público tiene poco que adivinar, casi todo lo presencia; oye los informes que unos médicos dan de los otros; comenta, ridiculiza y exagera los defectos con que se marcan entre sí y busca en las mutuas increpaciones, causas para razonar sus desconfianzas, disculpas para depreciar sus servicios y hasta motivos para acusarlos de la muerte de los enfermos. Se ha acostumbrado á ver que si un médico se retira por suponerse mal retribuido, viene otro que sobre aplaudir su retirada, cobra menos, que si se aleja por susceptible, á poco acude otro á tremolar, muchas veces rencoroso pabellón, sobre las humeantes ruinas de la reputación de su compañero; se ha acostumbrado á presenciar que en general en las sustituciones, aventaja lo que ahorra, y que respecto á pérdidas ó son pocas ó no existen porque todos los Doctores se inspiran en los propios libros, formulan parecidos diagnósticos y tratan á los enfermos con los propios procedimien-

tos; se ha acostumbrado á saber que por lo común los maestros no difieren de los noveles, sino en que ensayen fórmulas frescamente, importadas de Ultramar y en que pueden, sin humillación, guardar entre sus resplandecientes proezas, muchos notables inéxitos de los que uno sólo bastaría para derruir nombre apenas conocido de un médico cualquiera.

Los médicos por su parte, vejados por sus colegas y más retribuidos por el público, sin pretenderlo, sin sentirlo quizá, se vuelven enconosos hacia los primeros y terminan por ver en los enfermos, ingratos á quienes sobra y basta servir con el oficio, y por los que no vale la pena de preocuparse de modo extraordinario, ni perder el sueño, ni perseguir el adelanto. Y sentimientos de ese género, mistificados á veces en lógicos raciocinios ante sus propios poseedores, son los que dictan las cuentas fabulosas de honorarios y las tarifas de precios crecidos, los que determinan á preferir en la distribución del tiempo, no al que más lo necesita ni al que la Caridad señala, sino al que paga mejor, al que desestima menos el trabajo facultativo; de allí también que los médicos marchen con la lentitud del que sabe que no le pagarán algo más porque corra, y con la negligencia del que entiende que no le gratificarán porque expedito, y, muchas veces, previo arreglo pecuniario, porque temen, y con justicia, que les mermarán ó regatearán á la hora del pago.

Culpa del público es, que los facultativos rehusen salir de noche y no quieran beneficiar lisa y llanamente á quien sólo invoca la filantropía cuando de ella es objetivo; culpa del público es, que aun los médicos de más noble corazón se iergan contra tantas humillaciones; culpa del público es que no se le atienda como él quiciere, y que por la salud y vida humanas no se hagan todos los sacrificios que debieran esperarse. El público obtiene lo que prepara, cosecha lo que siembra, sufre lo que dispone con antelación y tenacidad. ¿Dije que el público es el culpable? Dije bien, pero por lo visto, son los médicos, es su desunión, es su oficio el que en buena parte edifica y corona la obra del descrédito profesional y del malestar del gremio facultativo. Si, ya que no la propia dignidad, el propio interés y el interés de la profesión uniera á los médicos, en vez de encontrarse desarmados entre sí, é inermes ante el público, podrían acordarse sobre el honorario que hubiera que exigir por sus trabajos, y sobre quienes fuesen más aptos, para hacerlos, sin detrimento para los demás.

Y no paran aquí los efectos de la glotonería práctica; la Enseñanza médica se resiente también hondamente bajo su férula funesta.

Apenas recibidos los médicos, cuando ya adivinaron ó sintieron los

disgustos inherentes al ejercicio profesional, cuando ya paladearon las amarguras de la práctica civil, inspirados por egoísmo disculpable, en busca de abrigo contra la recia tempestad, teniendo presente que su carrera costó muchos años de sacrificios y el gasto de sumas que tal vez significáran el patrimonio de sus familias, y persuadidos por último, de que la Sociedad mira con desdén al que abandona ó permuta el ejercicio de una profesión, procuran, para asistir desde palco á las peripecias de la práctica, para presenciar impávidos los azares del futuro, ó para retirarse al destierro, como la rata de la fábula, ó la pingüe dote de un matrimonio ventajoso ó un encargo lucrativo, dos ó tres, ó la política, ó el favor, ó, y esto por desgracia es lo más común, quizá porque se cree más alcanzable, que el plantel de instrucción médica donde se formaron, les asigne lugar de maestros, que la Escuela que los tuvo en su seno por algunos años, los amamante hasta la muerte á sus pechos venerables y los guarezca de un porvenir negro é incierto levantándolos además sobre el resto de sus desheredados compañeros. La tendencia á ser profesores de escuelas médicas, se ha convertido en endémica con reagravaciones epidémicas; es ya en ciertos facultativos muy parecida á la invencible que una mayoría de mujeres tiene á casarse; paréceles que es allí donde está su lugar, su punto preciso de llegada; que todo deben intentarlo, para obtener el sillón magistral; que nada consiguieron, si no se transforman en pedagogos; que entre corro de discípulos, están en su verdadera luz, en esa luz donde las generaciones venideras podrán admirarlos y las presentes contemplarlos.

La magisteriomanía perturba muchos cerebros médicos; en ocasiones con escasos conocimientos y práctica nula, se cree tener el bagaje necesario; con aptitudes ausentes y respetabilidad en embrión se quiere é intenta ser maestro; la oposición, no es siempre (apelo á vuestra conciencia), trámite que sólo sella la sabiduría y la honorabilidad; es á veces señal de motín en que las Minorías y las Audacias surgen y se aprestan á la lucha con la entereza que da el *mimetismo*, con el aliento que engendra la seguridad de que nada pierde el que nada arriesga; hasta médicos como el de la historieta de Munaret reclaman allí su puesto, hasta discípulos vulgares procuran hallarse en la noble refriega, disputando lugares que la muerte arrebató á maestros dignísimos.

Las puertas de las escuelas médicas no siempre dan paso al Mérito y al Talento; en la falange que triunfa, hay á menudo, médicos de talla ordinaria y noveles, que no es posible enseñen camino que nunca recorrieron ni que describan peligros que nunca atravesaron, ni que fotografíen acci-

dentes que jamás comprendieron. En los grupos de catedráticos, hay con frecuencia, mudos impotentes delante de problemas iátricos que reclaman pronta resolución, repetidores de opiniones ajenas y peritos que ostentan como trofeos de suficiencia, historias clínicas completas con su pieza anatómica correspondiente en frasco etiquetado, donde importuno afán manifiesta al observador tranquilo hasta el último detalle de una vergonzosa derrota.

El conjunto resulta entonces abigarrado, la asamblea incongruente, la agrupación disímbola; es lógico que en ella no pueda existir cohesión ni homogeneidad, que el parlamentarismo sea un mito puesto al servicio de la sugestión, que la actividad sea inercia, que las iniciativas mueran por asfixia y las disidencias en germen, que por rareza las minorías sean consideradas aunque se parapeten en razonable protesta, y que de ellas surjan repetidas veces, las opiniones particulares transformadas en dogmas que no se conforman sino con el acatamiento.

Raymond hablando de la Escuela de Medicina de París dice: "soy de aquellos que profesan que la Escuela no representa ni un principio ni un método; quien dice Escuela dice Dogma; quien dice enseñanza dice homogeneidad. Bajo este punto de vista, no hay en París, ni escuela ni enseñanza, hay un establecimiento Universitario donde veintiseis profesores pagados por el Gobierno vienen individualmente á imponer sus opiniones y sus doctrinas, y donde los discípulos, se preparan á sus pruebas, en vista de tales ó cuales sinodales." Y Frappart el médico de Brousseais decía: "cada veinte años á lo más, la misma escuela cambia de sistema; á veces hay hasta dos ó tres sistemas en la misma escuela; en breve, entre los médicos salidos de una misma escuela y que tienen el propio sistema, no hay cuatro que puedan entenderse en la cabecera del enfermo."

Con efecto, si se quiere ver la altura á que están los conocimientos médicos ó más bien, si se quiere contemplar el retrato de la enseñanza médica en cualquier lugar, no hay más que concurrir á una junta facultativa en que reine expedición y confianza. La variedad en el hallazgo de síntomas, la distinta ponderación de su valor, los diversos criterios para apreciar su importancia y sobre todo la ninguna fijeza y la poca fe en el tratamiento, son otros tantos rasgos característicos de que la fuente de donde derivan los conocimientos ni es homogénea, ni es vigorosa, ni es científica.

Y la Escuela de Medicina de París, es modelo de otras muchas que de ella toman sus inspiraciones y programas, quizá porque opinan, que en París es donde se sabe discurrir mejor.

Imposible que en esas escuelas prospere la enseñanza tanto como fuera de desear; imposible que de allí surja el remedio á los males que cercan á la profesión.

Un último pincelazo para completar el negro cuadro. Escuelas así, que ya claudican demasiado, con sólo el hecho de nombrar á sus profesores y de consentirlos tan inexpertos, tienen facultades y derechos que perjudican al progreso iátrico aun en escuelas debidamente establecidas, y formadas de maestros verdaderos; pueden, ellas en que las cabezas están á la misma altura que las de los postulantes, y en que por tanto nadie puede juzgar de la superioridad real, conferir, porque son ellas las que propiamente confieren, títulos profesionales, ó lo que es lo mismo, pueden, si gustan, emplear el nepotismo y el favor invadiendo atribuciones exclusivas del Estado y causándole mal al gremio y á la enseñanza.

Si la profesión decae, si el público ocurre á los charlatanes, si los médicos padecen, la causa es ó deriva del oficio; no está allí la sabiduría y la gloria, la ventaja y la prosperidad como muchos suponen, sino el pecado de la clase médica, pecado que todos resienten transformado en castigo.

Señores, á nadie acrimino; declaro lo que cada médico piensa y no se atreve á expresar y lo declaro porque conviene que la atención de la Academia de Medicina de México se detenga sobre ese asunto que es de vital importancia, porque es necesario que su sabiduría se preocupe de males que nos tocan tan de cerca, y demandan urgentísimo remedio. Entre los médicos por uno feliz, hay cien infortunados ó como dice el Dr. Reveillé Parise, sobre cien no hay más que diez que lleguen á un tolerable estado de mediocridad, la gran mayoría vegeta esperando la necesario; entre los médicos no queda más norma real de vida que esta, "cada uno para sí y Dios con todos." La dura necesidad arranca á los médicos á la ciencia, á la conveniencia y á la amistad; puede asegurarse que aun los pocos que están en buena posición, nunca tienen á la altura de los intereses que manejan; á los demás los agobia la mediocridad y aun la pobreza, y la pobreza de los médicos es tanto más terrible, cuanto que tiene que esconderse tras de ostentación, cuanto que tiene que llevar como dice Hugues, guantes y corbata, cuanto que tiene que ir enmascarada, y á veces, hasta en coche.

La situación es grave; la lucha por la vida se vuelve cada día más ardorosa porque acuden nuevos y nuevos combatientes. El oficio sigue llamando y engañando, haciendo sufrir y no dejando progresar.

Enseñémoslo á los que vienen detrás de nosotros tal y como es, para

que sepan lo que pretenden, y lo que deben esperar. Y por lo que toca á nosotros emancipémonos de su férula, imponiéndonos á sus exigencias; se puede; hay recursos, que sin pretensiones voy á presentar á vuestro examen y que en su mayor parte ha iniciado el Dr. Burggraave, que concilian los intereses del gremio con los de la ciencia, que á la vez que abren anchurosa senda al adelanto, terminarán los sufrimientos anexos al ejercicio profesional. Los expondré como corolarios á bases filosóficas que los funden. ¡Ojalá que provoquen fructuoso debate y decisiones heroicas! Ojalá México consiga en este negocio, tanto ó más, que Rusia y Alemania, que en los momentos actuales marchan al frente de todas las naciones, más que por su ejército y su diplomacia, por sus adelantos científicos, hijos de su poderosa y espléndida enseñanza escolar.

Fatigaré poco vuestra benévola atención.

II

La libertad de enseñar la ciencia es indiscutible, como lo es el derecho que todo hombre tiene á poseerla; en cuestiones científicas todo lo que no haya sido libre y severamente discutido, está destinado á derrumbarse y perecer; sin libertad absoluta de enseñanza no hay ciencia posible.

La enseñanza libre, crea fecundos y enérgicos estimulantes; hace que los profesores preparen competentemente á sus discípulos á la prueba con positivas ventajas para la profundidad y solidez de la instrucción y sobre todo, contraprueba y corrobora las bases, de donde deben surgir los raciocinios todos, y todas las doctrinas, que aprovecharán las artes relativas, que ambicionaren ser dignas de su nombre.

La enseñanza por tanto, no debe ser monopolizada en favor de individuo ó corporación alguna; el monopolio es antagónico de la libertad y la ciencia no tiene porque ser aherrrojada, ni porque temer; busca la luz, brota del debate, se declara en la discusión.

La libertad en la enseñanza superior, despierta á las Escuelas de su apatía y las aleja de la Rutina; es inmensamente útil que haya varios y aun opuestos planteles, donde se inquiera de buena fe, porque la rivalidad en las investigaciones prepara siempre el advenimiento del progreso.

Que se levanten pues, Universidades Oficiales y Libres, Ortodoxas y Heterodoxas en medicina; que choquen las inteligencias defendiendo su

credo; no perjudica la mucha luz, ni se ha dicho la última palabra en el arte de curar.

Que sea reconocida y aceptada toda Universidad que compruebe ser capaz de vida autonómica en su personal y en sus recursos. Que el Gobierno nada tenga que ver con los métodos y doctrinas universitarias. Que cada Universidad Oficial ó Libre, ordene sus estudios y confiera á riesgo y responsabilidad suya, diplomas científicos el del doctor inclusive, pero que todas tengan como restricción, no otorgar la licenciatura en medicina, ó sea el *jus medicandi* como le llamaba Molière.

* * *

Toda escuela tiene como único y exclusivo objeto enseñar, su lema es el que Cristo dió á sus discípulos — *Dosete*. Las escuelas médicas deben ser, planteles donde un cuerpo de profesores enseñe la ciencia médica, donde se formen los grandes obreros que aplicarán los descubrimientos para aliviar y sanar á los enfermos.

Y pues la Medicina es una ciencia de aplicación, una ciencia esencialmente experimental en la que razonar es nada y experimentar es todo, en la que no es lícito inventar sino inquirir de la Naturaleza para aprender á imitar sus maneras, sus métodos y sus recursos, en que los conocimientos deben forzosamente ser entregados por la Experimentación, las Escuelas Médicas deben poseer laboratorios magníficos, rica y espléndidamente dotados como los de Rusia, Inglaterra y Alemania, donde no falten los medios de experimentación sin los cuales todo adelanto es falso y todo progreso imposible, donde haya experimentadores como Magendie, como Virchow, como Bernard, laboratorios donde existan todos los útiles é instrumentos de que la Ciencia puede hasta la fecha disponer y el personal apropiado para aprovecharlos, laboratorios donde la vida alumbre á la vida y la análisis esclarezca los fenómenos, laboratorios focos de luz donde no quede á la juventud sino llegarse á beberla á raudales y donde cada discípulo pueda como en la universidad de Utrech tener al frente su microscopio para examinar y revisar y comparar bajo la inspección del profesor cualquier producto morbozo, cualquier tejido, cualquiera preparación que á su arte pudiera referirse.

* * *

La elección de profesores es de vital importancia; no hay quizá error más grande que engañarse al elegirlos. *Cæcus cæcum ducens*. Por lo demás la equivocación es difícil; los sabios sobresalen por su talla, descuellan por su magnitud, se imponen por su fama, no queda más que atraerlos y en seguida cuidarlos con esmero, retribuirlos con magnificencia, garantizarlos contra las necesidades de la vida material, indemnizarlos con esplendidez, para que puedan entregarse sin que nadie los perturbe á su nobilísima tarea, para independarlos del Oficio, para que no pertenezcan al público sino sólo á la ciencia de la que sean oráculos, para que no sientan las amarguras del ejercicio profesional, para que nunca se expongan á sentir ó á causar los trastornos del amor propio herido á la cabecera de los enfermos. El profesorado no debe ser un recurso, sino un premio del saber y de la honorabilidad; los profesores de las escuelas médicas deben vivir en los hospitales, en los laboratorios y en los anfiteatros, consagrados exclusivamente á la ciencia; su clientela debe ser nosocomial, en ella las afecciones se aprecian en todas sus fases, en ella se acatan las prescripciones y de ella pueden deducirse corolarios.

* * *

Que el Gobierno ponga pues Escuelas Médicas Modelos pero sin privilegio; que á su lado puedan poner otras los particulares; *qui excelat* por su plan, por su método, por sus bibliotecas, por sus laboratorios, por sus profesores y por sus discípulos; que las escuelas todas no tengan más derecho que el de enseñar y cuando mucho, para decidir que sus discípulos son doctores ó sea aptos para solicitar la licencia de curar; que los profesores de las escuelas hayan demostrado experimentalmente que son maestros y que la oposición sólo venga á sellar su aptitud; que cada aspirante á profesor presente como en Alemania un programa de enseñanza en acuerdo con el progreso y los adelantos de la ciencia, y que si ese programa no llena su objeto el candidato no sea admitido á la lid científica. Y que el público opte por la escuela que le pareciera mejor, en vista de sus frutos ó sea de los médicos que de ella salgan.

* * *

Pero las Escuelas no deben gozar del derecho de conferir el *jus medicandi* porque invaden atribuciones del poder civil, atribuciones cuya responsabilidad toca única y exclusivamente al Estado. Conferir con efecto á un hombre el derecho de ejercer una profesión liberal, es otorgarle un privilegio, es garantizarle una manera especial de ser en sociedad y nadie puede hacer esto más que el Gobierno que tiene estricta é indeclinable obligación de cuidar las vidas é intereses de los pueblos, que es el único que puede exigir á ese hombre que compruebe su aptitud, que corrobore cumplidamente su idoneidad. Los medicastros son propiamente malhechores terribles y es al Gobierno al único que incumbe libertar de ellos á los ciudadanos. El público no es á propósito para ser juez en el caso porque es crédulo y apasionado, porque se confía fácilmente á las apariencias, á los reclamos y á lo maravilloso. Los cuerpos docentes tampoco sirven en el caso para jueces, ni como delegados del Estado, porque adolecen de complacencias y debilidades muy perjudiciales para la enseñanza y para la justicia, porque no representan más que una responsabilidad moral, porque no tienen oposición ni contrapeso, porque la doble calidad de profesor y examinador paraliza al progreso y es contraria á la regla de derecho: Nadie puede ser juez y parte á la vez, y porque con tal conducta se suprime toda esperanza de contraprueba. Allí están si no para comprobar lo anterior y sin tachar á nadie personalmente, tantos médicos ignorantes, tantos títulos obtenidos con extraordinaria facilidad.

Mientras los pueblos adquieren la conveniente ilustración para discernir lo bueno de lo malo, mientras pueden comprender los peligros y evitarlos, mientras pueden ser jueces en su propio negocio, el Estado tiene el deber de tutorearlos supliendo su instrucción y representando sus intereses. Las escuelas nada tienen que hacer más que enseñar.

Que el Gobierno nombre pues, así es de pedirselo, una Suprema Corte de Justicia, un Supremo Jurado para cada profesión liberal y en el caso para los médicos; que esa Suprema Corte forme parte de la Administración y tenga como único y exclusivo quehacer administrar la justicia distributiva, juzgar á todo aquel que aspire al profesorado ó á obtener la licencia de curar y que opine sobre los programas de los aspirantes á catedráticos y sobre la aptitud de los especialistas; que esa Corte, de casación en su caso, pues que puede invalidar aptitudes por las Universidades, con-

sagradas, se forme por el sufragio universal de todos los médicos del país, con peritos rectos y severamente justicieros, á quienes se haga comprender toda la magnitud de sus deberes y todo el peso de su responsabilidad; que esos peritos sean tomados del personal de cualquiera universidad libre reconocida, ú oficial; que sean incompatibles los cargos de profesor y de jurado, de jurado y de médico postulante; que para ser miembro de la Corte se necesite haber enseñado cuando menos veinte años y que los miembros que la compongan, sean perfectamente retribuidos para que puedan vivir sin ejercer, y dedicados sólo á su negocio.

* * *

La ciencia no se ha hecho para los apáticos; hay que suprimirlos. Las carreras liberales, especialmente la medicina, se están obstruyendo con medianías muy medianas; es preciso hacer imposible el acceso á los pobres de espíritu y á los rutineros. Es preciso que no todo el mundo pueda hacerse médico como puede hacerse zapatero, poner un dique á la irrupción de los piratas de la profesión y de la ciencia. Y para conseguirlo hay que acumular obstáculos sobre obstáculos, científicos esto sí no burocráticos ni de orden de la envidia. La enseñanza médica es libre pero el que quiera tener derechos civiles, el que quiera ejercer la medicina, debe pasar por el fino tamiz que la Sociedad le imponga.

Que el que quiera ejercer la medicina lleve ante la Corte como razón para aspirar á la licenciatura, el título de doctor expedido por cualquiera universidad reconocida, título con que compruebe haber hecho todos los estudios concernientes á la profesión. Que los médicos para serlo, comprueben antes en rudas pruebas su aptitud y su vocación; que sufran un examen teórico de eliminación y otro triple práctico sobre fisiología y terapéutica experimentales, de elección; que de estos últimos exámenes uno sea de obra, en el anfiteatro, otro de obra en el laboratorio y otro clínico en el hospital; que todos esos exámenes sean públicos, solemnes conforme á un programa oficial en cuya confección tomen parte las universidades todas y en que las cuestiones, á juicio de la Corte, no sean banales y representen á los ramos todos de la ciencia médica.

* * *

Y para que no quedemos los ya recibidos fuera del rigor, que los médicos todos tengan que refrendar su *jus medicandi*, de tiempo en tiempo, previo periódico examen, que compruebe que siguen los pasos de la ciencia y están á su altura.

* * *

Con todos estos recursos el nivel científico subirá, y con él, el del aprecio á los médicos; con estos recursos los médicos escasearán y con la escasez se les estimará más y se les retribuirá mejor, y con que los médicos sepan más y ganen mejor, los motivos de malevolencia quedarán suprimidos en el gremio y prosperará la profesión.

Los pobres de solemnidad serán distribuidos en consultas de hospitales ó por manzanas á todos los médicos para que los atiendan con holgura y en horas determinadas; los Municipios deben retribuir por ese trabajo. Los demás enfermos podrán optar por el médico postulante que gusten, pero el honorario arreglado por un sindicato será idéntico para todos. Los especialistas podrán exigir mayores honorarios por su dedicación especial á un ramo de la ciencia.

A no dudar no he tocado todos los puntos á que se refiere este trabajo; en artículos de este género no es posible la difusión y además las modificaciones de que trata no pueden ser formuladas por un individuo sólo.

Entrego mis ideas á esta Honorable Academia para que las utilice si las estima convenientes, recomendándolas con estas palabras de la Comisión Permanente de Intereses Profesionales en Francia: es urgente nueva organización en la enseñanza; las conquistas brillantes de la ciencia no pueden ocultar las tristes llagas de la profesión; el ejercicio del arte está rodeado de abusos innumerables que es necesario reformar.

FERNANDO MALANCO.
